



Durante este curso añadimos esta sección dedicada al Beato Miguel Rua, sucesor de Don Bosco, cuyo centenario de su muerte estamos celebrando.

## **Homilía de Pablo VI en la beatificación de Don Miguel Rua**

*Basilica de San Pedro del Vaticano, 29-X-1972*

¡Venerables Hermanos y queridísimos hijos,  
bendigamos al Señor!

ESCUCHAD

¡D. Rua acaba de ser declarado «beato» por Nos!

Una vez más se ha realizado un prodigio. Sobre la muchedumbre de la Humanidad, levantado por los brazos de la Iglesia, este hombre, invadido por un espíritu sacerdotal, que la gracia de Dios recibida y secundada por un corazón heroicamente fiel ha hecho posible, emerge a un nivel superior y luminoso y hace que converjan en él la admiración y el culto, autorizados para aquellos hermanos que, llegados a la otra vida, han alcanzado ya la bienaventuranza del reino de los cielos.

Un débil y agotado perfil de sacerdote, todo afabilidad y bondad, todo deber y sacrificio, se proyecta sobre el horizonte de la historia y allí permanecerá para siempre: es D. Miguel Rua, «beato».

¿Estáis contentos? Superfluo preguntarlo a la triple familia salesiana, que aquí en el mundo se alegra con Nos y transmite su júbilo a toda la Iglesia. Donde quiera que están los Hijos de D. Bosco, hoy es fiesta. Y es fiesta especialmente para la Iglesia de Turín, patria terrena del nuevo beato, la cual se ve inscrita, en el ejército, podemos decir, moderno de sus elegidos, una nueva figura sacerdotal; que demuestra las virtudes de su estirpe civil y cristiana, y que ciertamente promete otra fecundidad futura.

D. Rua «beato». No vamos a dibujar ahora su perfil biográfico ni vamos a hacer su panegírico. Su historia es ya muy conocida por todos.

No son ciertamente los valores salesianos los que privan de celebridad a sus héroes. Y es este un homenaje debido a sus virtudes que, al hacerlos populares, extiende la luz de su ejemplo y multiplica su benéfica eficacia; crea la epopeya para la edificación de nuestro tiempo.

Y ahora, en este momento, en el que la emoción jubilosa llena nuestros espíritus, preferimos más bien meditar que escuchar. Así, pues, meditemos durante unos instantes sobre el aspecto característico de D. Rua, aspecto que lo define y que con una sola mirada nos lo dice todo, nos lo hace comprender. ¿Quién es D. Rua?

Es el primer Sucesor de D. Bosco, el santo Fundador de los Salesianos. ¿Y por qué ahora D. Rua es beatificado, es decir, glorificado? Es beatificado y glorificado justamente porque es sucesor, es decir, continuador; hijo, discípulo, imitador; el cual ha hecho con otros indudablemente, pero el primero entre ellos, del ejemplo del Santo una escuela, de su obra personal, una institución extendida, puede decirse, por toda la Tierra; de su vida una historia, de su regla un espíritu, de su santidad un tipo, un modelo; ha hecho de la fuente, una corriente, un río.

Recordad la parábola del Evangelio: «El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que un hombre coge y siembra en su campo; y con ser la más pequeña de todas las semillas, cuando ha crecido es la más grande de todas las plantas, y llega a hacerse un árbol de suerte que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas» (Mateo, XIII, 31-32). La prodigiosa fecundidad de la familia salesiana, uno de los mayores y más significativos fenómenos de la perenne vitalidad de la Iglesia en el siglo pasado y en el actual, ha tenido en D. Bosco el origen, en D. Rua la continuidad. Ha sido este su discípulo el que, desde los humildes comienzos de Valdocco, ha servido a la obra salesiana en su virtualidad expansiva, ha captado la felicidad de la fórmula y la ha desarrollado con coherencia fiel, pero siempre con genial novedad. D. Rua ha sido el fidelísimo y por ello el más humilde y al mismo tiempo el más denodado de los Hijos de D. Bosco.

Esto ya es conocidísimo. No recordaremos pasajes que la documentación de la vida del nuevo beato ofrece con exuberante abundancia; pero haremos una sola reflexión, que Nos consideramos, especialmente hoy, muy importante. Dicha reflexión afecta a uno de los valores más discutidos, en bien y en mal, de la cultura moderna, queremos decir, la tradición. D. Rua ha inaugurado una tradición.

La tradición, que encuentra cultivadores y admiradores en el campo de la cultura humanística, la historia, por ejemplo, el devenir filosófico, no es honrada, en cambio, en el campo operativo, en el que más bien «la rotura de la tradición» —la revolución, la renovación apresurada, la originalidad siempre impaciente de la escuela ajena, la independencia del pasado, la liberación de todo vínculo— parece que se ha convertido en norma de la modernidad, en la condición del progreso. No contestamos a lo que hay de saludable y de inevitable en esta actitud de la vida proyectada hacia adelante, que avanza en el tiempo, en la experiencia y en la conquista de las realidades circunstantes; pero advertiremos sobre el peligro y el daño del rechazo ciego de la herencia que el pasado, mediante una tradición sabia y selectiva, transmite a las nuevas generaciones.

No prestando la debida atención a este proceso de transmisión, podremos perder el tesoro acumulado de la cultura, y vernos obligados a reconocer que hemos retrocedido y que no hemos progresado, y a comenzar de nuevo, desde el principio, una fatiga

extenuante. Podremos perder el tesoro de la fe, que tiene sus raíces humanas en determinados momentos de la historia que huye para encontrarnos de nuevo naufragos en el océano misterioso del tiempo, sin tener ya la noción, ni la capacidad del camino a recorrer. Discurso inmenso, pero que aparece en la primera página de la pedagogía humana y que nos advierte, aunque no de otra cosa, del mérito que tiene todavía el cultivo de la sabiduría de nuestros mayores, y para nosotros, hijos de la Iglesia, el deber y la necesidad que tenemos de beber en la tradición aquella luz amiga y perenne que desde el pasado lejano y próximo proyecta sus rayos sobre nuestro camino procedente.

Pero para nosotros, el discurso, de cara a D. Rua, se hace siempre sencillo y elemental; pero no por esto menos digno de consideración. ¿Qué nos enseña D. Rua? ¿Cómo ha podido subir a la gloria del Paraíso y a la exaltación que la Iglesia hace hoy de él? Precisamente, como decíamos, D. Rua nos enseña a ser continuadores, es decir, seguidores, alumnos, maestros, si queréis, por el hecho de ser discípulos de un maestro superior. Ampliemos la lección que de él nos llega; él enseña a los salesianos a permanecer salesianos, hijos siempre fieles de su Fundador, y nos enseña después a todos la reverencia al magisterio, que preside el pensamiento y la economía de la vida cristiana. Cristo mismo, como Verbo procedente del Padre, y como Mesías ejecutor e intérprete de la Revelación a él concerniente, ha dicho de sí: «Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado» (Juan, VII, 16),

La dignidad del discípulo depende de la sabiduría del maestro. La imitación en el discípulo no es ya pasividad, ni servilismo: es fermento, es perfección (cfr. I Cor. IV, 16). La capacidad del alumno para desarrollar la propia personalidad procede, en efecto, de aquel arte extractivo, propio del preceptor, y cuyo arte se llama justamente educación, arte que guía la expansión lógica, pero libre y original, de las cualidades virtuales del alumno.

Queremos decir que las virtudes de las que D. Rua nos sirve de modelo y en las que se ha basado la Iglesia para su beatificación, son todavía las virtudes evangélicas de los humildes pertenecientes a la escuela profética de la santidad; de los humildes, a los que han sido revelados los misterios más elevados de la divinidad y de la humanidad (cfr. Mt. XI, 25).

Si de verdad a D. Rua se le califica como el primer continuador del ejemplo y de la obra de D. Bosco, nos gustará considerarlo siempre, y venerarlo, en este aspecto ascético de humildad y de dependencia; pero no podremos olvidar jamás el aspecto dinámico de este pequeño-gran hombre, mucho más porque nosotros, no ajenos a la mentalidad de nuestra época, inclinada a medir la estatura de un hombre por su capacidad de acción, nos damos cuenta de que tenemos delante un atleta de actividad apostólica que, siempre sobre el molde de D. Bosco, pero con dimensiones propias y crecientes, confiere a D. Rua las proporciones espirituales y humanas de la grandeza. En efecto, su misión es grande. Los biógrafos y los críticos de su vida han encontrado en ella virtudes heroicas, requisitos que la Iglesia exige para el resultado positivo de las causas de beatificación y de canonización, y que suponen y demuestran una extraordinaria abundancia de gracia divina, causa primera y suma de la santidad.

La misión que hizo grande a D. Rua se proyecta en dos direcciones exteriores distintas, pero que en el corazón de este poderoso operario del reino de Dios se entrelazan y se funden, como sucedió habitualmente en la forma de apostolado que la Providencia le asignó: la Congregación Salesiana y el Oratorio, es decir, las obras para la juventud y



todas las demás que forman su corona. Aquí nuestro elogio debería dirigirse a la triple familia religiosa que tuvo su raíz, en primer lugar, en D. Bosco, y después en D. Rua, con sucesión lineal; la familia de los sacerdotes salesianos, la de las Hijas de María Auxiliadora y la de los Cooperadores Salesianos, cada una de las cuales tuvo un maravilloso desarrollo bajo el impulso metódico e incansable de nuestro beato.

Baste recordar que, en los veinte años de su gobierno, de las 64 casas salesianas fundadas por D. Bosco durante su vida, éstas se multiplicarían hasta llegar a 314. Vienen a los labios, en sentido positivo, las palabras de la Biblia: «El dedo del Señor está aquí» (Ex. VIII, 19). Glorificando a D. Rua, damos gloria al Señor, que ha querido, en su persona, en el numeroso ejército de sus hermanos y en el rápido incremento de la obra salesiana, manifestar su bondad y su poder, capaces de suscitar incluso en nuestro tiempo, la inagotable y maravillosa vitalidad de la Iglesia, y de ofrecer a su ansia apostólica nuevos campos de trabajo pastoral, que el impetuoso y desordenado desarrollo social ha abierto ante la civilización cristiana. Y saludamos, rebosantes con ellos de júbilo y esperanza, a todos los hijos de esta joven y floreciente familia salesiana, que hoy, bajo la mirada amiga y paternal de su nuevo beato, reaniman su marcha por el camino empinado y recto de la ya reconocida tradición de D. Bosco.

Además, las obras salesianas se iluminan delante de Nos encendidas por el santo fundador y con nuevo brillo del beato continuador. Os miramos, jóvenes de la gran escuela salesiana. Vemos reflejado en vuestros rostros y resplandecientes en vuestros ojos el amor, bajo cuya protección maravillosa os han puesto D. Bosco y con él D. Rua y todos sus hermanos de ayer, de hoy y también de mañana. Cuan queridos y hermosos sois para Nos y con cuánto agrado os vemos alegres, vivaces y modernos; sois jóvenes, crecidos y crecientes en esta multiforme y providencial obra salesiana.

Cómo aprieta en el corazón la emoción de las cosas extraordinarias que el genio de caridad de San Juan Bosco y del beato Miguel Rua y de sus millares y millares de discípulos han sabido crear para vosotros; para vosotros especialmente, hijos del pueblo, para vosotros, si estáis necesitados de asistencia y de ayuda, de instrucción y de educación, de entrenamiento para el trabajo y para la oración; para vosotros, si hijos de la desgracia o confinados en tierras lejanas, esperáis a quien se aproxime a vosotros, con la sabia pedagogía preventiva de la amistad, de la bondad, de la alegría, a quien sepa jugar y dialogar con vosotros, a quien os haga buenos y firmes, haciéndoos serenos, puros, valientes y fieles, a quien os descubra el sentido y el deber de la vida, y os enseñe a encontrar en Cristo la armonía de todas las cosas.

También a vosotros. Nos os saludamos hoy, alumnos pequeños y mayores de la jovial y laboriosa competición salesiana y con vosotros a otros muchos coetáneos vuestros de las ciudades y de los campos, a vosotros de las escuelas y de los campos de deportes, a vosotros, del trabajo y del sufrimiento; y a vosotros, de nuestras clases de catecismo y de nuestras iglesias, sí, deseáramos dirigiros a todos por unos momentos el «atentos» e invitaros a elevar las miradas hacia este nuevo Beato D. Miguel Rua, que os ha amado tanto, y que ahora, por mediación de nuestra mano, que quiere ser la de Cristo, a cada uno particularmente y a todos juntos os bendice.

A handwritten signature in cursive script, reading "Paulus PP VI". The signature is enclosed in a thin black rectangular border.